

La estatua de fuego

Mauricio Molina

Una desconcertante invitación, una mujer enigmática y una profunda crisis conducen al personaje de este cuento a asistir a una extraña reunión que lo hará su prisionero. La rápida prosa de Mauricio Molina —Tiempo lunar, La geometría del caos, Fábula rasa— lleva al lector hasta las profundidades de un universo que, a fuerza de ser fantasía, se va convirtiendo en el inframundo de una realidad viva.

Para Leda



La Sociedad Gnóstica tiene el honor de invitarlo a la conferencia "El camino secreto", impartida por el Maestro Daniel Morgenstern, miembro fundador de la *Vera Ecclesia Gnostica* y Custodio del Fuego Supremo. Contamos con su presencia el día 21 de junio. Para mayores informes e inscripciones contactarse a la siguiente dirección: tudaena@ragnarok.com

La invitación, impresa en un costoso papel italiano y tipografía exquisita, llevaba impresa una imagen de Abraxas, la deidad tutelar del gnosticismo, y llegó a mis manos por correo certificado. No sabía qué pensar.

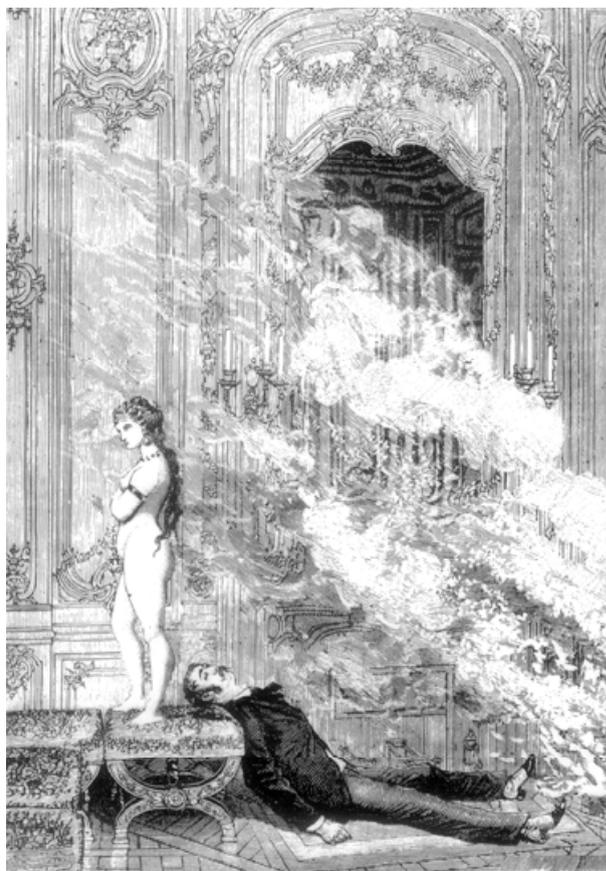
Hacía unos años había publicado en diversas revistas y suplementos literarios una serie de textos sobre Basilides, Valentín, los Evangelios Apócrifos, el *Pistis Sophia*, el *Corpus Hermeticum* y la *Biblioteca de Nag Hammadi*, a los que se añadieron breves textos sobre los contactos entre los Templarios y la Orden de los *Hashishini* y otros temas por el estilo. Todos esos opúsculos fueron escritos durante un periodo muy extraño de mi vida: acababa de salir de una profunda crisis de orden personal, me había divorciado de una forma humillante, a causa de mis comprobadas adicciones y reiteradas recaídas y tenía estrictamente prohibido ver a mis dos hijas, Tania y Vanesa. En la frecuentación de libros de esoterismo, alquimia, gnosticismo y otras lecturas de ese tipo encontré una forma de conciliar mi profundo nihilismo existencial con mi necesidad de

encontrar una religión en la que pudiera guarecerme de mi obsesión por el suicidio, el vértigo del descontrol, los excesos con el alcohol y las drogas. Sabía que a nadie le interesaban esos temas, salvo a charlatanes de toda laya: astrólogos, aficionados al tarot, numerólogos, adeptos a cualquier espiritualidad *New Age*... en suma, gente a la que despreciaba profundamente. Llegué a dudar que alguien los hubiera leído ya que sólo fueron publicados por mis amigos para ayudarme en aquellos tiempos aciagos con un poco de dinero. Tiempo después un editor de libros esotéricos me ofreció una buena cantidad de dinero por publicar una compilación de mis escritos, pero una vez recobrada lo que yo llamaba la cordura —es decir la sobriedad, la calma, el control— me negué por temor a hacer el ridículo. Ahora sé que en nuestra era digital cualquier cosa que uno escriba está condenada a ser leída. La realidad suele responder, tarde o temprano, a las llamadas de auxilio, por muy ocultas y disfrazadas de erudición de las que uno pueda revestirlas. Y a veces las respuestas, cuando llegan, no son precisamente las que esperamos ni mucho menos llegan para salvarnos.

Esa respuesta llegó, mucho tiempo después, bajo la forma de aquella extraña invitación.

Durante algunos días me mantuve en la duda de responder hasta que finalmente me decidí. Envié un correo electrónico preguntando acerca del costo de la conferencia y del lugar donde se llevaría a cabo. La respuesta llegó de inmediato. Venía firmada por el propio Daniel Morgenstern, de quien tenía vagas referencias. A rasgos generales me escribió que yo era un invitado especial y que no tendría que desembolsar un solo centavo, pero que mi presencia era absolutamente necesaria. Pasarían a recogerme para conducirme al lugar donde se llevaría a cabo la conferencia. Era casi como una orden. No sé muy bien qué me hizo acceder a semejante invitación, acaso la morbosa curiosidad de recuperar todo aquello que me había llevado a esas lecturas y a escribir aquellos textos que me negaba a recordar. El tono era inmediato, escueto, imperativo: pasarían por mí a las nueve de la noche del día de la conferencia a mi casa.

Me asaltaron varias dudas: no me preguntaron mi domicilio, por lo que supuse, no sin cierto malestar, que lo sabían; tampoco aludieron a los textos que había escrito, pero era evidente que los conocían, de otro modo ¿para qué invitarme? También me pregunté la razón por la que se tomarían la molestia de pasar a recogerme. Finalmente reparé en la hora: si pasarían por mí a las nueve de la noche ¿a qué hora empezaría la conferencia? Traté de responderme pensando que mi dirección se encontraba en los directorios de múltiples publicaciones, además yo era una persona conocida por los libros que había publicado —un par de volúmenes de



Max Ernst, *El fuego*

cuentos, una novela— y que quizá se trataría de una especie de cena o coctel. Llevaba un par de años aislado, limpio de alcohol y drogas, por lo que concluí que un evento de ese tipo sería una buena forma de distraerme de una novela en la que estaba trabajando en aquel momento y en la que no podía avanzar.

El día de la conferencia llegó. A eso de las siete de la noche se dejó escuchar el llamado del teléfono. Al descolgar una voz de mujer me dijo que estuviera listo, que pasarían por mí a la hora estipulada. Dado el horario del evento decidí vestirme como dicta la etiqueta: traje oscuro, corbata, gabardina. Llovía a cántaros. Con puntualidad británica tocaron a la puerta de mi apartamento. Una mujer joven, con un elegante vestido de noche, apareció en el umbral. Su cabellera oscura y lacia caía sobre sus hombros, y sus ojos, de pupilas dilatadas, me miraron unos instantes. Era como si ya me conociera. Parecía estar bajo la influencia de alguna droga. Su rostro recordaba una mujer de Modigliani y su belleza era al mismo tiempo delicada y feroz, como un maniquí que ha enloquecido al descubrir que ha encarnado en mujer. Afuera nos esperaba un Mercedes Benz negro. Nos sentamos en el asiento trasero. Un chofer uniformado conducía. En silencio, sin intercambiar una palabra, fascinado por la belleza de aquella mujer, nos internamos en el laberinto de la ciudad. El aguacero iba en aumento. Media hora después llegamos a una vieja casona ubicada en una zona muy exclusiva. Unas

La voz de Morgenstern parecía alejarse en el espacio, era casi un susurro, pero resonaba en mi mente, dentro de mí, era imposible dejar de escuchar sus palabras.

puertas eléctricas se abrieron. Cuando entramos al recibidor de la casa un relámpago rasgó el cielo a través de un ventanal. El estruendo me sobresaltó de inmediato. El rayo había caído muy cerca del lugar. En silencio la mujer me condujo a un recinto grande, bien acondicionado, iluminado profusamente con candelabros de velas. Un nutrido grupo de personas fumaba, bebía, conversaba. Tardé un poco en darme cuenta de que había varios rostros que me resultaban conocidos, había políticos, escritores, incluso gente de la farándula. Algunos de ellos me resultaban muy familiares, pero dada mi propensión a olvidar los nombres de la gente y mi largo aislamiento decidí mantenerme aparte. La mujer me trajo un vaso de vino. Me di cuenta de que en las mesas sólo había botellas de licor, por lo que decidí mantenerme con la copa en la mano sin tomar de ella.

—Es un honor que nos acompañes esta noche —me dijo mi acompañante en un tono demasiado familiar, mientras alrededor se escuchaban risas y voces animadas—. Yo seré tu Daena esta noche. El Maestro te espera. Quiere saludarte e intercambiar unas palabras contigo antes del evento.

Fue un buen pretexto para dejar la copa de vino en una repisa. Estaba comenzando a preocuparme. Mientras me conducía a una habitación contigua recordé que Daena, para el sufismo, era el doble angélico que se ubica entre el mundo de los vivos y el mundo de las almas y los ángeles. Mil cosas pasaron por mi mente en un instante. En una habitación iluminada por unas cuantas veladoras, se encontraba un hombre alto, de unos setenta años, vestido con un costoso traje inglés. Los estantes que cubrían las paredes estaban tapizados de una impresionante colección de libros: alcancé a atisbar una extensa versión comentada del Talmud, una espléndida edición facsimilar de *The Marriage of Heaven and Hell* de William Blake, otra (seguramente clandestina) del misterioso *Voynich Codex*, uno de los manuscritos más misteriosos de la historia, libros de Swedenborg y Spinoza, también pude atisbar una rara colección en francés antiguo de los procesos a los cátaros, así como varios clásicos del esoterismo, de John Dee a André Billy, muchos de ellos en ediciones príncipe o muy antiguas. No me sorprendió encontrar ahí también un clásico reciente: *Omens of the millenium* de Harold Bloom.

Morgenstern me saludó con una sonrisa amistosa y familiar.

—No sabe el gusto que me da tenerlo aquí presente —a pesar de su entusiasmo no podía ocultar su fuerte acento alemán.

Lo miré con una especie de asombro y guardé silencio.

—Conozco su trabajo. Yo mismo recomendé la publicación de sus ensayos. Tengo entendido que se negó a hacerlo.

—Sí... en realidad —intenté replicarle de la manera más educada que pude— sólo soy un aficionado. Escribí esos textos en una época muy extraña y difícil en mi vida.

—Déjeme decirle que fueron creados con la pasión y la erudición de un verdadero conocedor. Así sucede con los libros sagrados, no debe preocuparle. Son ellos en realidad quienes nos buscan. Ésa es la naturaleza de los libros verdaderos.

Me pregunté qué habría querido decir con aquello de “libros verdaderos”. Pensé que como mucha gente religiosa o aficionada al esoterismo, para Morgenstern leer a James Joyce o a Franz Kafka era una pérdida de tiempo, pero decidí guardar silencio.

—Joyce y Kafka —era como si me estuviera leyendo el pensamiento— ellos estuvieron muy cerca del secreto, pero por desgracia desviaron su camino y sólo hicieron el ridículo... vana literatura.

—Yo sólo soy un escritor. Me acerqué a esos textos por motivos más bien estéticos, para enriquecer mi vida.

—Exactamente —replicó Morgenstern— esos libros completan nuestras vidas. Ésa es su función verdadera.

Decidí guardar silencio. No me gustaba que me leyera el pensamiento ni mucho menos que un desconocido viniera a darme clases de literatura.

Sonrió y me miró a los ojos. Sentía su mirada dentro de mi mente.

—Pe ro beba usted, beba... El vino es fundamental para el rito que estamos por llevar a cabo.

Nu e vamente pareció leerme el pensamiento.

—Dejé de beber hace mucho tiempo.

—Sí, lo sé. Usted es un hombre desesperado y solo.

En ese momento la mujer que dijo ser mi Daena se me acercó con una nueva copa de vino.

—Vamos, tome un trago —insistió Morgenstern— no le pasará nada... está usted entre amigos... ¿o es que acaso tiene miedo?

Era evidente que me estaba retando. Si la carne es débil, la voluntad de un alcohólico lo es aún más. Con una mezcla de compulsión y nerviosismo bebí el vino que me había dado la mujer. Lo sentí en el paladar. Era espléndido. Después de unos años de dejar la bebida sentí el mismo escozor, el mismo placer del primer trago. Una delicia. Luego la mujer me condujo de nuevo a la sala. No había reparado en la disposición del recinto. Sobre una especie de altar yacía una mujer desnuda con el pelo cubriéndole el rostro. Empotrada en la pared había una imagen de Abraxas tal y como la conocía de la iconografía antigua: un ser grotesco, ridículo, con cabeza de gallo, blandiendo una espada, protegido con un escudo y sus piernas eran dos serpientes. A la tercera copa de vino me sentí totalmente relajado, con una euforia extraña. Una suerte de alegría desesperada se apoderó de mí. Quería seguir bebiendo.

Morgenstern salió al recinto y se colocó frente al cuerpo de la mujer. En ese momento mi Daena comenzó a despojarse de sus ropas y, con ella, otros hombres y mujeres comenzaron a desvestirse, de modo que más de la mitad de los asistentes quedamos vestidos y la otra mitad desnudos o semidesnudos. Mi Daena seguía sirviéndome de aquel vino al mismo tiempo delicado y poderoso. Esto es un lupanar, recuerdo que pensé. Morgenstern vertió una jarra de vino oscuro y espeso sobre el cuerpo de la mujer y comenzó a decir una especie de sermón.

—El falso dios del origen y del destino, el demiurgo abyecto, el pequeño dios imbécil que ha creado este universo hostil del que somos extranjeros y que nos ha hecho caer en el Kenoma, en el diluvio seco, en la dispersión en el vacío, no ha podido impedir que nos reunamos hoy para venerar al dios desconocido, al ser sin nombre, al verdadero. Hoy la carne y la embriaguez nos ayudarán a comunicarnos con él y acceder a la plenitud, al Heroma.

Mi Daena, cubierta tan sólo por un breve brasier y un liguero, bebió de su copa y me besó todavía con un poco de licor para pasármelo a mi boca. No pude evitar la excitación. Toqué su cuerpo cálido y joven. Sus senos se agitaron en mis manos como palomas a punto de volar.

—Es hora de despertar a nuestro ángel. Es hora de morir para acceder a la resurrección...

La voz de Morgenstern parecía alejarse en el espacio, era casi un susurro, pero resonaba en mi mente, dentro de mí, era imposible dejar de escuchar sus palabras. El vino había causado un verdadero cataclismo en mi interior. Estaba ebrio de placer. Vi la boca de la muchacha abrirse sobre mi rostro. De pronto yo también estaba

completamente desnudo. A mi alrededor los otros comensales copulaban en una orgía interminable. Había tríos, parejas del mismo sexo, gemidos. Montada sobre mí, a horcajadas, la mujer me cabalgaba y aullaba de placer. Escuché insultos de rabia, golpes, expresiones de dolor y de placer mezcladas mientras Morgenstern seguía diciendo su sermón:

—Contra la naturaleza, contra el dominio de la carne, contra el dominio del cuerpo, dejen salir al alma verdadera que no conoce la culpa ni el arrepentimiento...

En ese momento mi Daena se puso a gatas y me mostró la abertura de su ano. Contra natura, contra el cuerpo, esas palabras resonaban en mi mente. La sodomice sin pensar en su dolor ni en el mío. Su cuerpo se contrajo, gimio y comenzó a decir una extraña oración en una lengua que desconocía. Al cabo de un tiempo que me pareció una gozosa eternidad, el orgasmo me inundó y sentí cómo mi semen se perdía en lo profundo de su cuerpo. Asqueado, me separé de mi Daena, quien todavía se agitaba ligeramente en el suelo, murmurando su extraña oración, convulsionándose. Por todo el lugar se escuchaban gritos de dolor y de placer.



Max Ernst, *El león de Belfort*



Max Ernst, *El agua*

Entonces la mujer desnuda a la que Morgenstern había bañado en vino comenzó a incorporarse sobre el altar. Una mezcla de fascinación y espanto me invadieron cuando la vi encenderse como una antorcha. La mujer inmóvil ardía envuelta en un tenue fuego azul que parecía no quemarle la carne. Pensé en los trucos de los magos de los teatros. Sin embargo al poco tiempo me di cuenta de que aquella mujer realmente se estaba consumiendo. No sé cuánto tiempo duró aquella visión. El siseo de las llamas, como serpientes vivas, la terminó de someter a su poderío. Fue entonces cuando de su boca escapó un gemido espantoso, cuya potencia tenía una cualidad física, como de un viento poderoso y abstracto que nos atraviesa y nos envuelve. No pude soportar más. En ese momento perdí la conciencia y me sumergí en la oscuridad insondable de la intoxicación alcohólica.

Desperté en mi cama. A través de la ventana vi la luz del día. Miré el reloj. Pasaban de las cuatro de la tarde. Al incorporarme sentí dolor en todo el cuerpo. Caminé hacia el espejo. Tenía el labio superior completamente hinchado. Mi pecho estaba cubierto de moretones. Había rasguños y huellas de golpes en la espalda, en las nalgas, en las piernas. Había sangre seca en mis manos temblorosas. La resaca era insoportable. Un dolor agudo e indefinido, mucho más profundo que las heridas visibles, parecía recorrer cada célula de mi cuerpo. Era como si todo mi sistema se hubiese colapsado. Vomité una gran cantidad de un líquido enojado. Vino o sangre, era lo mismo. Oculta en un rincón de mi rope-

ro, como un recordatorio de mi alcoholismo y como una prueba de mi sobriedad, tenía guardada media botella de whisky, lo último que había bebido desde hacía dos años. Bebí unos tragos y tomé un par de calmantes. Fui en busca de mis ropas. Estaban intactas, la cartera en el bolsillo interior del saco, la camisa tirada en el piso y las mancuernillas en su lugar. Regresé a mi cama. Las almohadas estaban manchadas de sangre. Recordé mis épocas alcohólicas, cuando perdía la memoria de todo lo que había pasado durante mis borracheras. Poco a poco me fui sintiendo un poco mejor, anestesiado ya por el alcohol y las pastillas. En poco tiempo me bebí el resto del whisky. Vinieron a mi mente el rostro de la mujer, su cuerpo desnudo y joven, las palabras de Morgenstern y todo aquello del dios desconocido, del dios prohibido. Para tranquilizarme me convencí que eran idioteces, cosas que hacían grupos de seres ociosos y volví a quedarme dormido.

Los sueños que provoca la resaca, y esto lo sabe cualquier alcohólico, se parecen mucho a las visiones del opio. En algún momento el cerebro procesa el ácido etílico de una manera parecida a como actúa la heroína en las neuronas. A menudo, como en los casos de *delirium tremens*, se trata de sueños lúcidos, revestidos de un aura de certeza incuestionable, al grado de que al despertar uno siente que las cosas que se han visto y experimentado han sido reales.

Sabía que era un sueño. Morgenstern caminaba junto a mí por una calle muy extraña. De un lado había una serie de grandes edificios y del otro lado un océano oscuro de aguas negras se agitaba tranquilamente y su oleaje llegaba casi hasta tocar nuestros pies. Con la certeza sin causa de los sueños, sabía que era Morgenstern, pero en realidad tenía una cabeza de gallo y sus piernas eran dos serpientes. En el sueño pensé que estaba disfrazado de Abraxas. Dentro de mí (cosa extraña en un sueño: ¿se puede hablar de un afuera y un adentro?) me reí de él. Morgenstern me llevaba del brazo, pero en lugar de caminar se deslizaba junto a mí. Había animales, extraños seres parecidos a batracios agitándose en el agua. Aquello, pensé en el sueño, era una incongruencia, puesto que no hay batracios marinos.

—No se burle, amigo mío —me dijo Morgenstern con aquella voz tan especial que resonaba en mi interior—, es preciso que lo entienda: el mundo sólo existe por el secreto.

—Pero no hay secreto, maestro. Ésa es sólo una frase desafortunada del *Zohar*. El único secreto verdadero de cualquier religión es que no existe tal.

—Ése es precisamente el secreto: nada existe, todo es falso. Por eso decidí buscarlo. El universo entero es una farsa. Usted, yo, todo lo que nos rodea, no son sino falacias, efectos especiales de una mala película. El

demiurgo es un pésimo escenógrafo, ¿no se da cuenta? El dios desconocido sólo existe gracias a la mentira. Nada es verdad: todo está permitido.

En ese momento se detuvo para orinar bajo la luz de un farol. Yo seguí caminando, alejándome de él. Ya no quería seguir escuchándolo. Miré en dirección al mar. Se había vuelto completamente blanco. Era un líquido espeso, como crema espumosa que a lo lejos azotaba los edificios tragándose los lentamente en su nebulosa e insaciable blancura.

Antes de que se acabara el sueño escuché el último grito de Morgenstern:

—¡Ah! Y recuérde... es preciso morir para poder seguir viviendo.

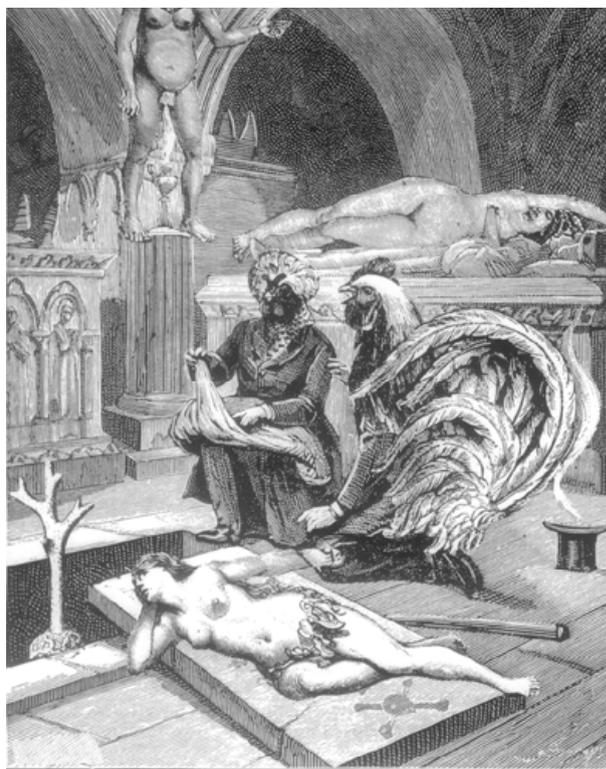
Desperté bañado en sudor. Ya era de noche. Fui al refrigerador. Abrí una lata de refresco. El líquido frío y dulce me dio asco. Fui a la regadera, me senté en el piso y me di una larga ducha de agua muy caliente y luego procedí a bañarme con agua helada. Aquellos eran los recursos que en otro tiempo me ayudaban a salir de la resaca. Dos calmantes más terminaron la tarea.

Encendí la computadora y me metí a la red. Tratando de recuperar la rutina revisé los periódicos en línea. En la nota roja de algunos diarios se daba la noticia de una serie de asesinatos ocurridos en una zona muy exclusiva de la ciudad. Cuatro mujeres y tres hombres habían muerto en circunstancias muy violentas. Ahorcados, apuñalados, a golpes. Una de ellas había sido quemada viva “a fuego lento”, al parecer debido a una sustancia que se le había untado en el cuerpo y que se encontró incluso dentro de sus vísceras carbonizadas. Las fotos de los cuerpos eran terribles. No me sorprendió leer al pie mi propio nombre. “Entre las víctimas se encontraba M.M., autor de diversos libros de cuentos, un par de novelas, así como de una serie de escritos sobre literatura esotérica que, al decir de la policía, podrían estar vinculados a las muertes.” Todo a mi alrededor se tornó extraño y al mismo tiempo concreto. Yo estaba muerto y sin embargo leía la noticia de mi fallecimiento y miraba la foto de mi propio cadáver ahí, en blanco y negro, totalmente chamuscado. Decidí quedarme en casa el tiempo que fuera necesario. Alguien llamó por teléfono. Me negué a contestar. Nadie dejaba mensajes en la contestadora, sólo se escuchaban vagos murmullos. Después de muchas llamadas alguien por fin llamó. Una mujer de voz muy dulce y tenue repetía mi nombre y aseguraba que yo me encontraba ahí. No sabía si creerle. Hablaba en un tono suave y tranquilizador y me decía cosas como “no debes preocuparte, ten calma”. Al tercer día escuché voces al otro lado de la puerta de mi casa. Al mirar por el visillo vi dos siluetas. Eran mi Daena y Morgenstern. Era evidente que hablaban de mí, pero no lograba entender lo que de-

cían. Cosas como “renacido”, “quemado por el fuego frío”. Morgenstern sacó su teléfono celular y marcó mi número. En la contestadora las voces de ambos me dijeron: “sólo el que duda puede dirigir a la congregación de los que creen”.

Pasaron los días. Nunca supe cuánto tiempo. Conjugué el verbo morir en primera persona y en pasado es casi una aberración verbal, pero puedo afirmar que morí y que durante el tiempo que estuve muerto algo sucedió conmigo, una transformación radical que iba más allá de lo que llamamos muerte. Los cuerpos se descomponen pero la vida espiritual siempre continúa. Encerrado en mi departamento pasé por todos los estadios de la muerte. Olí mi propia descomposición, asistí a mi propia conversión en polvo y en materia muerta. Fui parte de un vasto proceso de fusión con todas las cosas y los seres, fui gusano y mosca, fui pájaro y árbol y planta y me convertí de nuevo en ser humano. Estuve en dos lugares al mismo tiempo: en la tumba, pudriéndome despacio, y en mi casa llevando la vida de un fantasma, escuchando las obsesivas llamadas de los que al parecer habían muerto conmigo.

Recuérdela palabra “Daena” en labios de la joven. Revisé uno de mis textos dedicados a la Secta de los Hashishini, que habían sido, entre otras cosas, los maestros de los Templarios hacia el siglo XI de nuestra era y que eran el modelo de los modernos grupos fundamentalistas islámicos. De la voz árabe que daba nombre a dicha secta, cuya traducción es “comedores de hashís”, deriva la palabra “asesino”. Odio leer lo que ya he publicado, pero esta vez fue inevitable:



Max Ernst, *El negro*

El mundo se divide en tres reinos: el de la realidad concreta, un reino intermedio y un reino absolutamente inaccesible y espiritual. La dualidad del hombre se expresa en su alma terrenal y en su pareja, la Daena o alma gemela, que habita el reino intermedio. Durante el rito de iniciación de los *Hashishini*, el escogido se ayunta con su doble angélico, su opuesto femenino, para conformar un ser único. Al morir —la muerte debía ser violenta y terrible— el iniciado volvería a reunirse con su Daena (la *Sophia* de los gnósticos y de los herméticos) y accedería de esta forma al mundo espiritual. En el reino intermedio el iniciado debía de acceder a una experiencia extática para conocer a su doble angélico y despertar a la conciencia en una especie de renacimiento o reencarnación espiritual. Los renacidos eran considerados seres superiores, puesto que habían accedido a un estado privilegiado donde se manifestaba lo sagrado.

Me arrepentí de haber escrito aquellas palabras provenientes de una época de crisis y profundo descontento. No había manera de hacerlas desaparecer. Aquellos textos, y otros más producto de un profundo desasosiego espiritual, se habían publicado y cualquiera podría acceder a ellos, incluso la policía. La paranoia típica de cuando se sale de una intoxicación alcohólica se apoderó de mí. Era sospechoso, no tardarían en dar con los partícipes del rito. Terminaría en una cárcel. En un acto de desesperación me deshice de mis ropas, de la botella, de la invitación, de cualquier cosa que pudiera conec-



Max Ernst, *El león de Belfort*

tarme con lo que me había sucedido. Sólo me restaba confiar en la ineptitud de la policía.

Me mantuve encerrado en mi casa. Desconecté el teléfono y sólo revisaba de cuando en cuando los periódicos para seguir el caso, pero después de un par de semanas las cosas se fueron olvidando gracias a los escándalos políticos que alimentaban las páginas centrales de los diarios. Volví a mis lecturas literarias. Me deshice, no sin cierto desasosiego y nostalgia, de mi colección de libros esotéricos.

Muy en el fondo sabía, o deseaba, que aquello no terminaría ahí, y así fue. Pasadas varias semanas, una noche ya muy tarde tocaron a la puerta. Al abrir de inmediato reconocí a mi Daena. Con sus pantalones de mezclilla, una blusa blanca de seda, un arete en el ombligo y unas delicadas zapatillas plateadas, me di cuenta de que era mucho más joven de lo que me había parecido la noche funesta de mi caída. Sus ojos, de pupilas siempre dilatadas, me miraban como a través de la alucinación.

—Maestro —me dijo con un respeto que nunca esperé de ella—, he venido a buscarlo...

—Mira, niña —le repondí—, no sé quién eres ni qué buscas...

—Lo único que usted puede darme —me interrumpió—: el Secreto.

Me le quedé viendo totalmente pasmado. Me parecía increíble que aquella mujer estuviera justo en el umbral de mi casa. La dejé pasar no sin ciertas reticencias. Algo, una mezcla de miedo, curiosidad y deseo, me impulsó a hacerlo. Su sola presencia en mi casa me implicaba de un modo directo con el asesinato de Morgenstern. Quizá la estuviera siguiendo la policía. Traté de tranquilizarme pensando que de cualquier forma la policía ya me habría aprehendido de tener alguna prueba de mi presencia ahí. Cuando esos casos tardan en resolverse por lo general se archivan y desaparecen de la opinión pública. Después de todo había muerto un extranjero, un escritor casi desconocido y gente dedicada a la prostitución.

Nos sentamos en la sala. Miré con incomodidad a aquella muchacha. La imagen de su cuerpo a gatas ofreciéndose a mi vista brilló por un momento como un relámpago en mi memoria. Su presencia me inquietaba. En realidad parecía más una estudiante que una puta. Recordé a las hieródulas o prostitutas sagradas,preciadas tanto por su sabiduría como por su hermosura y su conocimiento de las artes carnales.

—Traigo un mensaje para ti. Es del Maestro Morgenstern.

—Pe ro si Morgenstern está muert o.

—Es cierto —replicó con tristeza—. Se negó a renacer. Equivocó el camino o su trabajo aquí ha concluido, quién puede saberlo.

Estuve en dos lugares al mismo tiempo: en la tumba, pudriéndome despacio, y en mi casa llevando la vida de un fantasma...

—¿Y cuál es ese mensaje?

Pensé en algo que podía inculparme aún más, como una carta, alguna nota escrita.

—No, no es un mensaje escrito —no me sorprendió que me leyera el pensamiento—. Lo tengo que decir de viva voz.

La miré como esperando a que me diera el mensaje. Ella me miró a su vez como dudando.

—¿Y...? ¿Tenemos que esperar a que empiece la orgía para que me lo digas? —dije con sarcasmo—. ¿O antes de empezar hay que esperar a que alguien muera?

—No, no es eso... tengo que prepararme.

Sacó una botella de vino y unas velas de su bolso, y luego de encenderlas me pidió que apagara la luz.

—¿Podría usar el baño?

—Por supuesto —le respondí señalándole una puerta.

Se tardó un buen rato ahí adentro. Supuse que estaría enferma o que se estaría drogando. Hurgué en su saco. Di con una cartera y con su licencia de conducir. Las tarjetas de crédito repetían un nombre común y corriente. Descorché la botella y bebí algunos tragos. Al cabo de un tiempo salió del baño completamente desnuda, con el cuerpo cubierto de una sustancia brillante de color rojizo. Era como una malla de crema. Sólo las manos y los pies no estaban untados de aquel ungüento. Me recordó una estatuilla egipcia. Se había maquillado como la primera vez, con fuertes trazos que acentuaban la negrura de sus ojos. Era una mujer realmente impresionante. Su pelo negro y lacio caía sobre sus hombros y emitía vagos destellos eléctricos. Incluso su voz había cambiado. Era mucho más profunda, como si se hubiera transformado en otra. Por fortuna todavía no había hecho sus efectos el vino y traté de no mostrarme impresionado, si bien aquella presencia me resultaba incómoda y extraña. Se detuvo en medio de mi sala, inmóvil, como una estatua. El fuego azul, muy tenue, como el que había visto el día de la ceremonia, comenzó a envolverla. Estaba en trance. Su mirada era oscura, medusante. Me quedé petrificado. Dijo para mí una especie de oración:

—La chispa se ha encendido. Nuestros lazos no pueden romperse. Soy tu Daena, tu doble. Soy el principio y el fin. Soy la venerada y la escarnecida. Soy la puta y la santa. Soy la esposa y la virgen. Soy la madre y la hija. Soy tu madre y tú eres mi padre, soy tu hermana y tú eres mi esposo. Soy la estéril y muchos son mis hijos. Soy la vida y me llaman muerte. Soy lo único que existe

y no hay nadie que pueda juzgarme. Soy el silencio que es incomprensible. Soy el nombre del sonido y el sonido del nombre. Soy la pronunciación de mi nombre. Y porque muchas son las formas que se ocultan en los pecados y en las incontinencias y en las pasiones desgraciadas y en los placeres fugaces que has abrazado, hallarás la conciencia por medio de esta vía y así accederás al lugar del descanso. Y ahí volverás a encontrarme y ahí vivirás conmigo y no morirás de nuevo...

En cuanto terminó de decir estas palabras se quedó inmóvil, envuelta en aquel fuego azul que no emitía calor y que no le quemaba la piel. En ese momento, en la penumbra, presentí que a mi alrededor se encontraban otras presencias inmóviles, atestiguando aquel ritual extraño. Después de unos segundos de mirarme con una intensidad insoportable, cayó al piso. Alarmado verifiqué que estuviera viva. No había ni rastro del fuego frío. Respiraba plácidamente, sumergida en un sueño profundo. La cargué y la llevé hasta mi cama. La cubrí con una manta y la dejé ahí. Acaso debía llamar a la policía, pero me contuve. Si algo le pasaba diría que era una prostituta y que se había drogado con algo.

Pensé en las palabras que me había dicho. De pronto las reconocí. Eran parte de “Relámpago, mente perfecta”, uno de los fragmentos más enigmáticos de los textos de la Biblioteca de Nag Hammadi. Al parecer era una oración que rezaba la sacerdotiza en un ritual gnóstico en Alejandría hacia el siglo II de nuestra era y del que se ignoraban los pormenores de su origen.

Me senté en la cama junto a ella, dormitando. Al cabo de muchas horas, salió del sueño. Al incorporarse me miró con un dejo de espanto.

—¿Recibiste el mensaje? ¿Lo hice bien?

—Sí, muy bien. Mensaje recibido.

—Ahora ya eres el Maestro de la *Ecclesia Gnostica*.

Se vistió a toda prisa y después de consultar la hora, me dijo:

—Vamos. Los discípulos esperan...

Salí con ella. El crepúsculo en llamas alumbraba la ciudad como una inmensa antorcha. El universo era una caverna. Los primeros astros brillaban en lo alto como joyas engarzadas en el cielo de piedra. Un auto nos esperaba. Nunca más volví a mi casa...

Mi resurrección había tenido lugar. **U**

Las ilustraciones de Max Ernst que acompañan este texto forman parte del libro *Una semana de bondad o los siete elementos capitales*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980.